

Lecturas:

Sal. 16; 1º Re. 19:11-21; 1º Co. 1:18-25; Lc. 5:1-11

Cap. Miranda,
Hohenau.**“No temas: Serás pescador de hombres”**

(Lc. 5:1-11)

Jesús enseña a la multitud

1 Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. 2 Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. 3 Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud.

Esta es la historia de hombre, Simón Pedro, y de qué manera fue llamado por Jesucristo para ser “pescador de hombres”. Simón era un pescador, como muchos otros, en el lago de Genesaret, también llamado Mar de Galilea. Sus compañeros de pesca eran su hermano Andrés, y los hermanos Jacobo (o Santiago) y Juan. Estos cuatro pescadores eran socios en el negocio de la pesca. Pero esa noche no habían pescado nada. Las cosas no habían resultado buenas para el negocio de la pesca. La economía de estas familias corría peligro, de seguir así la pesca. Después de haber intentado pescar, aunque sin éxito, Pedro, Andrés, Jacobo y Juan regresaban a la costa cansados, desalentados, y con una sensación de frustración y dudas frente al futuro.

Sin embargo, cuando llegaron a la costa, vieron a un hombre enseñando a una gran multitud de personas, eran tantas que casi le apretaban. En eso ven que este hombre les hace señas, y les pide si puede subir a su barca para enseñar desde allí, para no ser apretujado por la gente. Este hombre era Jesús de Nazaret. Subió a la barca de Pedro, “y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud” (v. 3). “Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad” (Lc. 4:32).

Fue así como por primera vez en su vida Pedro pudo oír las palabras de Jesús. Él no lo conocía personalmente, pero ahora podía oír su voz y sus palabras. “¿Quién será este hombre? - se preguntaba Pedro- No habla como los escribas y maestros de la Ley, sino que enseña con autoridad” (Mt. 7:29). “¿Qué nueva doctrina es esta?” (Mc. 1:27).

“Así la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 1:17). Simón Pedro no hizo nada para entrar en contacto con Jesús, sino que fue el Señor mismo quien entró en contacto con Pedro personalmente a través de su santa Palabra. Fue Dios a través de la Palabra quien entró en contacto con Pedro. Por el momento, Pedro solamente oye la Palabra de Dios. Pero algo extraordinario está por suceder.

Jesús y la pesca milagrosa

4 Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. 5 Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. 6 Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. 7 Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían.

La propuesta de Jesús de volver al lago a pescar habrá sonado un tanto ridículo a Pedro y sus compañeros de Pesca. Ellos conocían ese lago como la palma de la mano. Sabían bien que era inútil pescar ese día. Además estaban ya muy cansados de intentar una y otra vez sin resultado. ¿Será que este hombre, Jesús, sabe lo que dice? ¿Quién es este personaje, que con audacia se anima a indicarme lo que tengo que hacer? Por eso Pedro le responde al Señor Jesús: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red” (v. 5). Con esto Pedro le quiere decir: “En mi lógica humana no tiene sentido lo que me envías hacer, parece una locura, un sinsentido. Pero en base a tu Palabra, y no en base a mi propia lógica o razón, haré lo que tú me dices que haga”. El apóstol Pablo supo bien de qué se trata el hacer caso a la Palabra de Dios en vez de atender a nuestra propia razón. Escribe en 1

Corintios: Cristo me envió “a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Co. 1:17-18); porque “agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado... poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Co. 1:21-24).

La Palabra de Dios suena a veces una locura a nuestros oídos. La predicación de Cristo suele ser rechazada en este mundo incrédulo, que tan solo busca milagros pasajeros y filosofías acordes a nuestros propios gustos y placeres terrenales. Pero la predicación de Cristo crucificado es una locura y un escándalo, porque no es del agrado de las personas oír que están perdidas en sus pecados y que precisan de arrepentimiento, de un cambio de mentalidad, de nacer de nuevo por el bautismo y el Espíritu Santo, y de creer que este Jesús, que es Dios y hombre, fue sacrificado en nuestro lugar en la cruz, porque vino a la barca de la humanidad perdida para darle perdón y vida eterna, y llegar a ser de este modo, el timón, el mástil y el capitán de nuestra vida. Por eso es despreciada la predicación verdadera de la palabra de Dios, y por eso también son pocos los que la oyen con atención y fe. El evangelio sigue siendo locura para los que se pierden, pero sigue siendo también, el poder de Dios para salvar a todo a aquel que confía en su promesa de perdón y vida en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Si vemos a nuestro mundo alrededor, tal como él está, a nuestra mente humana le parece una tontería lo que como iglesia estamos haciendo: predicar el evangelio de Cristo, enseñarlo a nuestros hijos y vecinos, vivir conforme al mismo, bautizar y administrar la santa cena. Ese es el riesgo, esa es la tentación en que podríamos con facilidad llegar a caer: terminar pensando como el mundo, que Cristo, la Iglesia y todo lo que ello envuelve y significa, no es algo importante, no es lo más importante, sino que tiene una importancia relativa, o algo que pasó de moda. Por eso, la confesión de fe de Pedro es significativa para nosotros hoy como iglesia: “Mas en [base a] tu Palabra echaré la red” (v. 5). Pero no se dejó guiar por lo que sentía, ni por lo que él pensaba que era lo más razonable. Pedro se dejó guiar por la verdad de la Palabra de Dios, la Palabra de Jesucristo. Fue en base a autoridad de la Palabra de Jesús que él fue y echó la red. No lo hizo porque quería, sino porque había una voluntad mayor en su barca, que le decía que debía hacerlo. Y la autoridad de Jesús no defraudó a Pedro, porque la palabra de Jesús tiene poder para hacer y cumplir lo que ella promete. “*‘En tu palabra echaré la red’. Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía.* Pedro fue fiel a la Palabra del Señor, Pedro confió en el Señor, y no fue defraudado. El Señor cumple lo que le prometió. Así también, si somos fieles en lo que el Señor Jesús nos envió hacer, ciertamente él obrará frutos de bendición en nuestra barca, es decir, en nuestra familia, matrimonio, y vidas. Como nos promete la Palabra de Dios en otra parte: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). “Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos,... que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá” (Ap. 1:5-6).

Jesús llama a Pedro a la pesca milagrosa de personas

8 Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. 9 Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, 10 y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. 11 Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.

El asombro, la sorpresa y el temor, es la reacción natural de todo ser humano frente a lo desconocido que se nos manifiesta y revela por primera vez. Al ver el milagro extraordinario de la pesca milagrosa, Pedro queda estupefacto, queda muy sorprendido. Este Jesús le llega a inspirar temor, por lo que fue capaz de realizar. Y cae de rodillas frente a Jesús, y lo hace reconociéndose pecador, no por lo tanto, no merecedor de la gracia de Dios, no merecedor de este trato de amistad con el Señor. Pedro reconoce con este gesto de inclinarse delante de Jesucristo, que Jesús es el

Señor (Flp. 2:11). Simón Pedro lo dice: “*Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador*” (v. 8). En la liturgia de la iglesia, como Pedro, reconocemos eso precisamente, al confesar nuestros pecados: “Señor no soy digno de estar delante de tu presencia. Tú eres un Dios Santo, Todopoderoso. Mas yo soy un pobre e indigno pecador”. Pero lo realmente extraordinario, es el favor, la gracia, la bondad, la misericordia, en fin, el inmenso amor de Jesucristo por Pedro y los que estaban en la barca. Le dice a Pedro, como inclinándose y tomándole de la mano: Pedro, Pedro, “*No temas... desde ahora serás pescador de hombres*”. Jesús consuela a Pedro, y echa lejos su temor. Jesús se revela, se muestra frente al hombre caído y abatido, lleno de ansiedades y temor, como el Dios de la gracia y la misericordia. En Jesús, Dios muestra su verdadero rostro, su verdadera mirada para con nosotros: la mirada de la compasión y del amor. “No tengas miedo, Pedro: ‘No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia’”.

En esta historia del primer encuentro de Jesús y Pedro, vemos en primer lugar la providencia de Dios al proveer del alimento de su Palabra a las personas del mundo. En segundo lugar, notamos también la providencia de Jesús hacia Pedro y su familia, al proveerles del pan diario, mediante el milagro de los pescados. Y en tercer lugar, notamos el llamado de Jesús a Pedro para una misión: “*desde ahora serás pescador de hombres*”.

Por lo que se ve en esta historia de Lucas 5, ser pescador de hombres significa:

- 1° Enseñar el evangelio de Reino a las multitudes, utilizando los medios disponibles;
- 2° Entrar en contacto personal con las personas, entrar en la “barca” de sus vidas con el evangelio de Jesús, para que Él obre el milagro de la reconciliación y el perdón de sus pecados;
- y en 3° lugar, como dice, “*dejándolo todo, le siguieron*”, o sea el discipulado, que no es otra cosa que, habiendo sido justificados por la fe, seguir a Cristo unidos a su Cuerpo en la tierra, la Iglesia, teniendo la misma palabra o confesión de fe y los mismos sacramentos, hasta el final.

Pedro entendió el llamado de Jesús para ser su Apóstol, esto es, su representante o enviado, y por eso como Apóstol y Pastor de Jesucristo, junto con los otros 11 apóstoles, más el Apóstol Pablo, dedicó el resto de su vida a 1° enseñar el evangelio a las multitudes; 2° a entrar en contacto personal con las personas con el evangelio de Jesús del perdón de pecados; y 3° seguir a Jesús como iglesia, como cuerpo de Cristo, hasta el final. Dios, en su bendita gracia, nos concede todo esto a nosotros también, para su gloria eterna, en Cristo Jesús. Amén.